

Ocho mitos de una cultura que comienza

■ Albor Rodríguez

Los españoles que llegaron a América no estaban ganados para la fantasía. Ambiciosos y casi analfabetas, en su mayoría buscaban oro, riqueza y poder, en una época en la que empezaba a imponerse el capitalismo, la modernidad y la razón. Pero la naturaleza desconocida del nuevo continente pudo más y el descubrimiento terminó siendo una gran empresa constructora de mitos. Bajo el conflicto entre aquello que los colonizadores sabían —o creían saber— y lo que veían sus ojos, infinidad de cartas y crónicas dan cuenta de un riquísimo proceso de fusión de mitos europeos antiguos y medievales con mitos americanos. Aquí se cuentan las historias de algunos de ellos



ILUSTRACIÓN: RUBÉN RODRÍGUEZ

文化 史



1. EL PARAÍSO TERRENAL

César Pavese tenía razón: "Un mito es siempre simbólico; por eso no tiene nunca un significado unívoco, alegórico, sino que vive de una vida encapsulada que, según el lugar y el humor que lo rodea, puede estallar en las más diversas y múltiples fluorescencias". Algo así sucedió con el mito del Paraíso terrenal en América. Y todo, gracias a la temeraria propuesta de un estudioso hispano-peruano llamado Antonio de León Pinelo.

El primero en apresurarse a hablar del Paraíso terrenal fue Cristóbal Colón, a su llegada a la costa oriental de Venezuela. Suerte de monje medieval mezclado con empresario capitalista moderno, el Almirante tenía un gusto insaciable por el oro y al mismo tiempo ciertas obsesiones religiosas. No era descabellado entonces que creyera que había llegado al mismo lugar donde vivieron Adán y Eva.

Pero a pesar de su vehemencia a Colón nadie le creyó. Américo Vespucio, conquistador más racional y moderno, habla más bien de "lo paradisíaco", utilizando la idea del Paraíso terrenal no con su connotación religiosa, sino como una referencia cultural. "En definitiva la Conquista es mucho más una empresa político-comercial con rasgos de modernidad, que una empresa de europeos buscando buenos salvajes o huellas de Adán y Eva", afirma el historiador Vladimir Acosta.

Nadie más creyó que existiera el Paraíso terrenal -pero sí lo paradisíaco- hasta que en el siglo XVII apareció en el escenario León Pinelo. Estudioso de origen judío -a su abuelo lo había quemado la Inquisición en Lisboa-, este hombre escribió un libro del cual sólo circularon en su momento algunos fragmentos, pero que fue una revolución en el imaginario americano.

Se trata de *El paraíso en el Nuevo Mundo*, ya no un simple arrebato místico como el de Colón, sino una construcción teórica repleta de argumentos y pasión. Con una paciencia extrema, León Pinelo analiza todas las hipótesis que se elaboraron en la Edad Media para ubicar el Paraíso terrenal, y trata de demostrar que de todas, la única válida es la que lo sitúa en el extremo Oriente. El, como todos en esa época, creía que la Biblia la había escrito Moisés en Palestina, y frente a un mapa llegó a la conclusión de que el Oriente más lejano a ese punto era América.

Lo que los conquistadores llamaban



Para más señas León Pinelo explica que la fruta del pecado no era la manzana sino la parchita; que Adán y Eva eran peruanos, y que los indios americanos eran los primeros habitantes del planeta.



el Nuevo Mundo era, según León Pinelo, el único continente en el mundo que tenía cuatro grandes ríos que nacen muy cerca el uno del otro: el Paraná, el Orinoco, el Amazonas y el Magdalena (para efectos de su teoría el Ganges, el Tigris, el Nilo y el Eufrates, los cuatro ríos de los que hablaba la Biblia). Y ofrece más detalles: el sitio cercano a la confluencia de esos ríos era el Perú amazónico, así que justo ahí debía estar ubicado el añorado Paraíso. Y por si acaso, para no pecar de hereje, aclaró que los cuatro ríos americanos eran los bíblicos gracias a un largo viaje submarino.

Para más señas, León Pinelo explica que la fruta del pecado no era la manzana sino la parchita; que Adán y Eva eran peruanos, y que los indios americanos eran los primeros habitantes del planeta. Luego dice que cuando llegó el Diluvio, Noé -que por supuesto también era peruano- construyó el Arca con árboles de la selva del Perú y emprendió su viaje desde los alrededores de Lima. Esto último, que implicaba un viaje transoceánico, explicaba por qué Noé se había perdido y había ido a parar al "erróneamente" llamado Viejo Mundo.

A Antonio de León Pinelo nadie lo quemó por este atrevimiento. En definitiva, aquello no era más que un mito.

2. LA CRISTIANIZACIÓN

Hernán Cortés nunca imaginó que su cara barbuda podía ser el origen de una confusión tan grande. A su llegada a México, en 1519, fue tomado nada más y nada menos que por Quetzalcoatl, figura que en su versión mítica correspondía a la serpiente emplumada del panteón mexica, y en su versión histórica a un

rey-sacerdote luego divinizado. Apegados a la idea, común a todas las culturas del planeta, de la existencia de un héroe civilizador que, incomprendido, se marcha prometiendo volver, los indios mexicanos creyeron que aquel hombre codicioso y armado hasta los dientes era el suyo, y que venía decidido a cristianizarlos una vez por todas.

Cortés llegó a México el mismo año que según el calendario azteca le correspondía volver a Quetzalcoatl, y por las cercanías a Veracruz, el mismo lugar donde la tradición decía que aquél había partido en una balsa hecha de culebras. Lo mismo ocurrió en Perú, donde los incas contaron a los misioneros que un dios llamado Viracocha -a la sazón blanco y barbudo como Francisco Pizarro, el conquistador local-, se había marchado por el mar jurando que regresaría tiempo después. Los portugueses, por su parte, también habían oído hablar a los indios brasileños y paraguayos de un hombre civilizador llamado Pai Sumé (¿Santo Tomás?), que les había enseñado rituales y formas de cultivo.

Los europeos estaban llenos de interrogantes. ¿Cómo se entendía que si Dios había ordenado a los apóstoles difundir la religión cristiana por toda la tierra éstos se hubieran olvidado de América? ¿Cómo se explicaba que durante 15 siglos los indios americanos estuvieran condenados al Infierno y que América hubiese permanecido en las tinieblas del paganismo porque ningún apóstol se había ocupado de ellos? Estas preguntas, tal vez absurdas para un hombre de hoy, no lo eran tanto para los del siglo XVI, presas como eran del dogma cristiano: que los indios americanos desconocieran el cristianismo ponía seriamente en entredicho la Justicia Divina.

Pero hasta los problemas de la fe tienen solución: aquellos relatos indios sobre héroes civilizadores con rasgos europeos, la práctica de ritos muy parecidos a los cristianos (ayunos y autoflagelaciones, confesión y penitencia con perdón de los pecados, entre otros), y la existencia de vestigios materiales como cruces, fuentes sagradas y piedras con huellas humanas, les ayudó a responder la gran pregunta: América bien podía haber sido cristianizada en épocas remotas, y el responsable de aquella labor, evidentemente fallida, podía haber sido el apóstol Santo Tomás, a quien se le atribuía la cristianización de la India, país del cual América fue considerada su prolongación en un principio.

El mito de la evangelización temprana de América fue de una utilidad inmensa, según palabras de Acosta: con él se resolvía el problema de la Justicia Divina, y de paso se justificaba la Conquista. Aunque los indios fueran torpes, brutos y tozudos, en el fondo eran cristianos: Dios había hecho el esfuerzo de domarlos y ahora correspondía a los españoles concluir la tarea.

A Acosta no le tiembla la voz al decir que el mito de la cristianización temprana de América es, seguido de la versión del mito del Paraíso terrenal desarrollada en el siglo XVII, el más grande mito criollo colonial. Especialmente en México, donde terminó siendo de provecho a los criollos independentistas: éstos pregonaban que España no sólo no había sido cristianizada por ningún apóstol, sino que América, y concretamente México, lo fue primero porque Santo Tomás había sido contemporáneo de Cristo. Así, intentaban reivindicar lo americano frente a la prepotencia europea: ¿Hasta cuándo España tendría subyugado a un país que había entrado antes en la historia de la humanidad?

3. DE DÓNDE VINIERON LOS INDIOS

Todos los mitos responden preguntas fundamentales. Esa es justamente la razón por la que persisten en la vida de los hombres. ¿Quiénes eran los indios americanos y de dónde venían? Preguntas tan complicadas como éstas tenían que responderse los europeos que llegaron a América. Cristianos inquebrantables, los visitantes no podían entender que existiera un continente distinto a los que mencionaba la Biblia. Los conocimientos geográficos de Dios no podían ponerse en entredicho.

Lo que estaba en discusión no era un tema de sobremesa sino el origen y la identidad de los pobladores del Nuevo Mundo, o lo que es lo mismo, el origen adánico del hombre, y la Biblia, tal como estaba escrita, no los ayudaba: ahí se decía que todos los seres humanos del planeta eran descendientes de Noé, pero también se decía que éstos habían ido a poblar exclusivamente Europa, Asia y África. Apoyados en la Palabra Divina e intentando no contradecirla, los estudiosos del mundo americano a lo largo del siglo XVI y XVII, se ocuparon entonces de descifrar lo que no estaba escrito.

Los intentos fueron muy variados y generaron una cantidad de mitos cruzados con relatos antiguos. Primero se habló del



Los intentos fueron muy variados y generaron una cantidad de mitos cruzados con relatos antiguos.

Primero se habló del diluvio universal y de los gigantes como pobladores primigenios, pero ninguna de estas dos opciones saciaba la sed de explicación de los europeos.



Diluvio Universal -los misioneros se encontraron con que existían versiones indígenas de este mito-, y de los gigantes como pobladores primigenios, pero ninguna de estas dos opciones saciaba la sed de explicación de los europeos. Más adelante, se establecieron comparaciones de los indios con otros pueblos (los judíos, los tártaros, los canarios), para demostrar que los americanos debían necesariamente descender de ellos.

La imaginación, mezclada con la realidad, fue trezándose aún más: llegó a decirse que a América habían venido, mucho antes que los españoles, expediciones de pueblos como los fenicios, cartagineses, judíos, atlantes, griegos, romanos, chinos y escandinavos. Seguramente intuían lo que cinco siglos después se aceptaría sin ambages: Cristóbal Colón no fue el primero en llegar a América.

De todas las teorías poblacionales del Nuevo Mundo la más importante y polémica fue la que se aventuraba a plantear que los indios eran descendientes de las Diez Tribus Perdidas de Israel.

Todo empezó en México y Perú a mediados del siglo XVI. Convencidos de que las similitudes físicas y culturales entre aquellos indios -más civilizados que los que habían visto hasta la fecha- y los antiguos hebreos eran contundentes, los primeros misioneros mexicanos lanzaron esta teoría: los indios son descendientes de las diez tribus que, bajo la dirección de Jeroboam, habían conformado el reino de Israel tras la división que se produjo a la

muerte del rey Salomón (el otro reino, comandado por Roboam, fue el de Judá, al sur de Palestina), y que se habían perdido cuando Ciro, vencedor de los babilonios y constructor del gran imperio persa, les permitió regresar a reconstruir su reino.

A fines del mundo antiguo, los judíos empezaron a divinizar las diez tribus al mismo tiempo que comenzaba a tomar cuerpo el mesianismo: querían reconstruir el gran reino de Salomón y para ello necesitaban convocar incluso a los perdidos.

El Descubrimiento de América puso el resto. El dominico Diego Durán es el primero en plantear sus sospechas y muy pronto se le sumaron otros misioneros. A finales del siglo XVI, la teoría alcanza su plenitud, y entre los argumentos estaba que algunos indios, al igual que los judíos, se practicaban la circuncisión, se bañaban mucho, eran inestables, malagradecidos y cobardes. Como advierte Acosta, el racismo antindio se mezcló rápidamente con el racismo antijudío.

El padre Simón, cronista de Venezuela, fue más allá y planteó que los indios no sólo descendían de las tribus perdidas de Israel sino de una en concreto: la de Isacar. Para ello se basó en la leyenda de que la tribu de Isacar había sido condenada a vivir para siempre en servidumbre y a que sus miembros fuesen bestias de carga (la mejor prueba de ello, decía, era que cuando los niños indios jugaban lo hacían poniéndose cargas en las espaldas). La asociación fue evidentemente útil: justificaba que los indios fuesen esclavizados por los españoles. Afortunadamente otros, más sensatos, salieron en su contra y la teoría del padre Simón no pasó de ser una idea apresurada y loca.

4. EL DORADO

Si todo mito esconde una tragedia, el de El Dorado sería el más dramático de todos. Ningún otro, en la historia americana, ha causado tantas obsesiones y fracasos. Ningún otro es más recurrente y a la vez más escurridizo. Es imposible saber qué día y a qué hora nace un mito, pero muchos han asegurado, entre ellos Gonzalo Fernández de Oviedo, que la primera versión del nacimiento de El Dorado surgió en 1538. Ese año se encuentran en Nueva Granada los conquistadores Nicolás de Federman (que venía de Venezuela), Sebastián de Belalcázar (que venía de Quito) y Gonzalo Jiménez de Quesada (procedente de Cartagena), e intercambian informaciones y pruebas acumuladas

en sus respectivos viajes sobre la posible existencia de ciudades doradas. Entre las leyendas que se ventilaban en aquel encuentro estaba una que seguramente les hizo agua la boca: según habían escuchado, existía un ritual de los indios chibchas en laguna de Guatavita, cerca de Boyacá, que consistía en que el cacique, al momento de su consagración, se cubría el cuerpo con polvo de oro y paseaba en una barca echando riquezas al fondo de la laguna.

Según relata Isaac J. Pardo en *Esta tierra de gracia*, a partir de las crónicas del padre Simón, la verdadera historia que conocían los chibchas era otra: "Un cacique de Guatavita descubrió los adulterios de su esposa, y en castigo la sometió a las más oprobiosas vejaciones. La obligó a devorar 'las partes de la punidad de su amante', la entregó luego 'para que usaran de ella algunos indios de los más ruines que había en la ciudad' y aun ordenó que la infidelidad fuera recordada durante las borracheras de la tribu, "para *iscarmiento* de las demás mujeres y castigo de la adúltera'. Acosada, la infeliz mujer se tiró a la laguna de Guatavita con su hija en brazos, y ambas perecieron ahogadas. Desde aquel momento asaltaron atroces remordimientos al vengativo marido y los piaches no hallaron mejor remedio para aplacar su conciencia que aconsejarle arrojar oro y esmeraldas a la laguna".

Lo cierto es que los españoles exploraron la laguna en dos oportunidades y no consiguieron gran cosa. Pero la historia de El Dorado ya era una ola imparable. "Cuando Belalcázar oyó hablar de estas cosas -continúa Pardo-, dicen que exclamó: '¡Vamos a ver este indio dorado!'. Y desde aquel momento echó a volar por el mundo el gran veneno de América, untado en la punta de una fábula".

Lo que vino después es conocido: muchos personajes empiezan a buscar El Dorado en Bolivia, el norte de Argentina, Chile, la selva amazónica peruana, y finalmente en los alrededores del Orinoco, donde con el nombre de Manoa se bautiza El Dorado venezolano. Gonzalo Jiménez de Quesada fue el primero, en 1543. Después vinieron Felipe Utre, Antonio de Berrío y finalmente Walter Raleigh, en 1596. En definitiva, el mito recorre casi 70 años del siglo XVI: el fracaso de cada empresa nunca fue suficiente para anular el impulso mitificador que las precedía.

Para Acosta la naturaleza de El Dorado es más llana que toda la literatura que generó: se trata de "un mito americano



pero elaborado por los europeos, producto de su obsesión por el oro. Lo esencial del mito está asociado, a mi juicio, no tanto a la leyenda de la laguna o del Indio dorado, sino a la conquista del Perú en 1532 y a las historias sobre fugitivos incas perdidos en la selva".

Acosta está firmemente convencido -y así trató de demostrarlo en su libro *El continente prodigioso*-, de que El Dorado no tiene nada que ver con el imaginario medieval. "No existe ningún mito de El Dorado en la antigüedad, ni en la Edad Media. Tampoco los indígenas tenían ningún mito elaborado sobre ese tema. Este es un mito americano sólo porque se engendra aquí, pero lo que está detrás de él es simplemente el oro como instrumento de poder y riqueza. En definitiva, El Dorado es el resultado de la incompreensión entre lo que pudieron haber dicho o pensado los indígenas, y lo que leían o querían leer los europeos".

5. LA FUENTE DE LA JUVENTUD

Volver a ser joven siempre ha sido la gran ilusión de los hombres. Juan Ponce de León, el famoso fundador de San Juan de Puerto Rico, hizo bastante por lograrlo y en el intento sólo consiguió la flecha de un indio que lo mandó a la tumba. Nacido en León (España), en 1460, Ponce de León logró la hazaña de pasar de hidalgo bastardo a conquistador medianamente poderoso y rico, pero tuvo la mala suerte de cumplir 50 años. La edición americana del

antiguo mito de la Fuente de la Juventud nació justamente de su afán por devolver el tiempo.

Común a todas las culturas, el mito de la fuente de la juventud es una variación grecorromana de la eterna concepción del agua como elemento purificador y renovador. Se dice que Alejandro Magno -el mito, no el personaje histórico-, buscaba la fuente de la vida porque quería la eternidad. Gracias a los viajeros medievales y sus crónicas fantásticas esa creencia se mantenía vigente en Europa para el momento de la Conquista. Pero España es la excepción. Hasta el momento en que Ponce de León va a pactar la capitulación para conquistar La Florida -unos indios en Puerto Rico le habían hablado de que ahí existía una fuente rejuvenecedora-aquél era un mito poco popular en ese país. Después vino el furor.

Pero, ¿tenía que ver la búsqueda de Ponce de León con el mito de la fuente de la juventud cultivado en la antigüedad? A juicio de Vladimir Acosta, no. El mito americano fue, según él, el resultado de un gran malentendido: "Ponce de León no era un hombre culto como para conocer la existencia de ese mito en Europa. Lo que sucedió fue que algunos en Europa, que sí sabían de la leyenda de Magno, cuando les llegó la información de Ponce de León vincularon las dos cosas. Entre los indios de las Antillas, como en cualquier cultura, existía un culto a las aguas, así que simplemente se trató de un ritual indígena leído en clave europea".

Sea lo que sea el mito americano de la fuente de la juventud duró poco. Su muerte estaba condenada por tres razones esgrimidas por Acosta: "Porque quedó claro que su origen era indígena y en el contexto de desprecio y racismo de la Conquista lo que fuese indígena estaba mal visto; porque los conquistadores eran católicos militantes e, igual que los musulmanes, los católicos parten de la idea de que el único que tiene capacidad de modificar las cosas es Dios (creer que el agua puede rejuvenecer a alguien es atribuirle a la naturaleza facultades divinas); y luego, porque los conquistadores en realidad estaban buscando otra cosa".

6. LOS GIGANTES

Un gigante sólo es un ser más grande que aquel que lo mira. ¿Eran realmente gigantes aquellas mujeres que Américo Vespucio dijo ver en Curazao? ¿Eran tan grandes los seres que Hernando de Ma-

gallanes bautizó como “patagones” en aquel viaje al litoral argentino? ¿No sería más bien la sorpresa o el miedo lo que les hacía ver gigantes donde sólo había hombres tan bien proporcionados como ellos?

El primero en hablar de gigantes fue Vesputio, seguido de Antonio Pigafetta, el cronista del viaje de Magallanes. Luego, otros cronistas se ocuparon de difundir historias de gigantes primigenios que oyeron de la boca de indios en Perú y Bolivia. Pedro Cieza de León describe ruinas arquitectónicas y esculturas asociadas a gigantes en Tiahuanaco (Bolivia), y Joseph de Acosta va más allá: cuenta de unos hombres descomunales que habían llegado sin mujeres a las costas peruanas, y que fueron castigados por un fuego caído del cielo a causa de su sodomía. Juan de Velasco retoma el tema en el siglo XVIII e intentando demostrar que los gigantes sí existieron, se refiere también a las esculturas de Tiahuanaco, y a las misteriosas esculturas ciclópeas de la Isla de Pascua.

En todos los grandes mitos de creación siempre hay gigantes. Y en todas las crónicas de exploraciones a lugares extraños igualmente. América no fue la excepción. Amparados en la imposibilidad de ser desmentidos, los viajeros medievales que iban a la India tenían que encontrar monstruos y gigantes porque sino, paradójicamente, sus historias carecerían de veracidad. Lo mismo ocurrió con los conquistadores que llegaron a este continente.

7. LAS AMAZONAS

La única tragedia de Aquiles no fue su talón. El héroe de la guerra de Troya tuvo también la desgracia de enamorarse de una mujer agonizante. Era bella, grande y fuerte. Pero lo más importante era que había sido él mismo quien con su lanza la había derrotado para luego prenderse de su belleza mientras yacía moribunda en sus brazos. Se llamaba Penthesilea y, según los relatos griegos, era la reina de las Amazonas.

Según el mito clásico, las Amazonas son un pueblo de mujeres guerreras, que pelean contra héroes como Aquiles, Teseo y Heracles, y siempre salen derrotadas. Dicen que se quemaban o cortaban el seno derecho para disparar mejor el arco (según la etimología antigua a mazos significa “sin pecho”), y que se apareaban con hombres sólo una vez al año para asegurarse la procreación: si parían niños, algunas versiones dicen que los mataban y otras que los conservaban hasta los siete

“

Si todo mito esconde una tragedia, el de El Dorado sería el más dramático de todos. Ningún otro, en la historia americana, ha causado tantas obsesiones y fracasos. Ningún otro es más recurrente y a la vez más escurridizo.

”

años para luego enviarlos a sus padres. Los hombres, en definitiva, vivían en un territorio distinto. Y muy lejos.

Gracias a los libros de viaje y a las novelas de caballería, las Amazonas eran un mito de mucho peso en Europa en el momento de la Conquista. Colón traía en su cabeza aquello que había escrito Marco Polo sobre la existencia de dos islas, una macho y una hembra, cuyos habitantes entraban en contacto en ciertas épocas, y dice que en el Caribe se encuentra una isla donde viven los caníbales y otra donde viven las mujeres.

Desde entonces las Amazonas son buscadas por todas partes de América. Es en Suramérica —sostiene Acosta— donde el mito alcanza su plenitud y donde se recogen los principales y más persistentes testimonios y leyendas acerca de su existencia. “Son muy blancas y altas —dice fray Gaspar de Carvajal, en su relato sobre la expedición en la que Francisco de Orellana bautizó al río Marañón como Amazonas— y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza, y son muy membrudas y andan desnudas con cuero tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos”.

Según escribe Carlos García Gual en su *Diccionario de mitos*, la difusión y mantenimiento del mito de las Amazonas tenía una motivación ideológica clara en la sociedad griega: revertir la tradicional distribución de los roles de los sexos. Beatriz Pastor, autora del *Discurso narrativo de la conquista de América*, le encuentra también un sentido utilitario en el caso del Nuevo Mundo: “Las Amazonas interesaban en la medida en que su presencia se asociaba, de manera constante, desde

la Edad Media, con grandes cantidades de oro, plata y piedras preciosas. La función del mito a lo largo de la Conquista es la de ‘elemento anunciador’ de la proximidad de los objetivos fabulosos”.

8. EL BUEN SALVAJE

El cristianismo en sus primeros siglos estuvo repleto de historias de anacoretas perdidos en los desiertos de Egipto y Palestina, pero los cristianos medievales amaban otras cosas: la ciudad, la cultura y el conocimiento. Y aquellos que se salieran del marco, eran considerados simplemente bestias y salvajes. La ciudad era el único medio posible para la cristianización y salvación del alma.

El mito antiguo del Buen Salvaje, desaparecido en el contexto medieval, reaparece justamente con el Descubrimiento de América. Ante aquella naturaleza espléndida poblada de gente bella, el concepto imperante de que en los pueblos periféricos y extraños reinaban monstruos, desaparece. Los textos de Colón, Vesputio y los cronistas como Pedro Mártir, hablan de seres que, aunque caníbales, son prolíficos, sanos, no conocen la propiedad privada y viven muchos años.

Pero el mito dura poco. Con una velocidad y facilidad pasmosas, la imagen que los europeos tenían de los indios cambia de un extremo a otro. “El Paraíso se torna en el Infierno —dice Vladimir Acosta en *El continente prodigioso*—, y se transforma en salvaje a secas, en enemigo a aplastar y destruir, en monstruo cargado de todos los defectos, capaz de todos los crímenes y bestialidades”.

Pero en medio de aquel cuadro, algunos misioneros, en especial en México, empiezan a reivindicar a los indígenas. El mismo Cortés utiliza la palabra “naturales”, sin duda más amable, para referirse a ellos. Bartolomé de las Casas, a quien Beatriz Pastor adjudica “el primer intento de restituirle al indígena la humanidad que le había sido arrebatada”, se apoya igualmente en palabras como “inocencia”, “simplicidad” y “mansedumbre”.

El mito del Buen Salvaje reaparece entonces, y llega a su más acabada elaboración bajo la autoría de los franceses, quienes a mediados del siglo XVI intentan establecerse en las costas del Brasil y crear una suerte de Francia Antártica, de corte calvinista. Aunque el intento fue fallido, generó una verdadera moda que sirvió para cuestionar su propia sociedad. Para ellos Francia albergaba mucho de barbarie. El mundo feliz estaba en otra parte ■